



# estudios

## Prioridades para una pastoral juvenil pospandémica

Aprendizajes en el tiempo post-covid.  
Si no es ahora, ¿cuándo?

**MIGUEL ÁNGEL GARCÍA MORCUENDE, SDB**

Consejero General para la Pastoral Juvenil de la Congregación Salesiana

### Síntesis del artículo

El autor realiza una lectura de la crisis pandémica en clave pastoral y se propone revertir la situación convirtiendo la incertidumbre en oportunidad. Lo vivido es un aprendizaje que nos deja lecciones para el futuro. Habremos de cambiar las prioridades pastorales: mayor atención a la persona y las relaciones, cuidar los procesos y las experiencias, prestar atención a las emociones y sentimientos, cultivar la cercanía a las personas heridas, recrear espacios educativos o alentar la virtud de la esperanza serán algunas de las claves de una nueva praxis pastoral en tiempos post-covid.

**#PALABRAS CLAVE:** incertidumbre, fragilidad, oportunidad, aprendizaje, cuidado, persona, emociones, educación, esperanza.

### Abstract

The author reads the pandemic crisis from a pastoral perspective and proposes to reverse the situation by turning uncertainty into opportunity. What we have lived is a learning experience that leaves us with lessons for the future. We will have to change pastoral priorities: greater attention to the person and relationships, taking care of processes and experiences, paying attention to emotions and feelings, cultivating closeness to wounded people, recreating educational spaces or encouraging the virtue of hope will be some of the keys to a new pastoral praxis in post-covid times.

**KEYWORDS:** uncertainty, fragility, opportunity, learning, care, person, emotions, education, hope.

### Los recuerdos de este periodo dependerán en gran medida de las lecciones aprendidas

En este contexto de emergencia, cuyas manifestaciones y consecuencias son aún imprevisibles, me viene a la mente un subtítulo que capta el espíritu de este tiempo y que debería ser la base de nuestras reflexiones, actitudes y acciones en la pastoral juvenil salesiana: "*Si no es ahora, ¿cuándo?*".

Desde el año 2020 vivimos un periodo de tiempo casi indefinido de perenne espera; un espacio que nos ha dado la oportunidad de mirar dentro de nosotros mismos y descubrir quiénes somos realmente. Toda emergencia, si lo pensamos bien, nos enfrenta primero a nuestros límites, haciéndonos descubrir nuestras contradicciones, y luego nos lleva a encontrar nuevos recursos que nos dan nuevas fuerzas.

Este escenario nos ha encontrado completamente desprevenidos, pero *hemos podido responder pastoralmente como salesianos a nivel mundial*, según nuestras posibilidades, a todos los niveles, intentando mantener el acompañamiento de los jóvenes. Hemos afrontado enormes esfuerzos y hemos trabajado más de lo habitual, con mayores ansiedades, angustias y fatigas. Todavía nos enfrentamos a un futuro incierto, con muchos cambios necesarios, algunos de ellos irreversibles... pero estamos aprendiendo a vivir con la nueva realidad educativa y pastoral.

Desde este punto de vista, incluso la experiencia planetaria de la pandemia, dolorosamente soportada, contiene en sí misma *un extraordinario potencial para comprender el mundo*. “Es casi como si, la madre naturaleza [nos hubiera] enviado a nuestras habitaciones para que pensemos en lo que le estamos haciendo a ella, a los demás y a nosotros mismos. Como especie, ¿nos han dado un tiempo muerto! ¿Qué lecciones clave podemos aprender de este momento colectivo?” (Scharmer, Otto. *Diez claves para construir una nueva superpotencia*).

Los interrogantes que nos deja la pandemia son de todo tipo: teológicos, sociológicos, espirituales, económicos, educativo-pastorales. Como en la teología después de Auschwitz, también hoy necesitamos una reflexión teológico-pastoral que nos ayude a volver a partir desde Dios, volviendo nuestra mirada de nuevo a las víctimas, al sufrimiento, al misterio del dolor y del mal (cfr. “Mística de ojos abiertos” de J.B. Metz).

Una pregunta que no podemos eludir es: *¿qué podemos aprender* de lo que ha surgido desde el punto de vista educativo-pasto-

ral? *¿Qué podemos o quizás debemos dejar de lado* y *qué debemos llevar con nosotros* y *hacer crecer*? Este momento de la pandemia no puede definirse como un paréntesis, al igual que cualquier otro tipo de crisis. No puede definirse como tal. Algo se ha roto y hay que reconstruir.

Por ello, **intento reflexionar en tres direcciones**: acercarnos al *terreno de la realidad* y sus “lecciones” más significativas; en segundo lugar, vislumbrar algunas *oportunidades* (ocasiones propicias, favorables) y, por último, proponer algunos *desafíos* (provocaciones, aspectos que provocan una reacción) que la pandemia nos ha brindado para afrontar la era pospandémica.

## 1 El terreno de nuestra realidad

### 1.1 Un viaje al corazón de la fragilidad de tantas personas

Los procesos de cambio que hemos vivido nos han removido a modo de *shock*, es decir, de forma violenta e inesperada. “La vida es lo que te ocurre mientras estás ocupado haciendo otros planes”, dice John Lennon. Un huésped inesperado, desconocido y mortal, ha puesto el mundo entero patas arriba.

Una de las experiencias que hemos vivido como resultado de este “tirocinio” acelerado ha sido **el contacto con nuestra debilidad**. La muerte de miles de personas es algo que no tiene contrapeso, ni medida: la pérdida de un abuelo, de un padre, de un amigo, de un hermano en la comunidad es algo irrecuperable, insustituible. Confiamos en la ciencia y en la tecnología que no siempre nos salvan ni salvan a todos. Este virus plantea nuestra impotencia ante la muerte y por ello escondemos los ataúdes, los números, las lágrimas. Lo reprimimos, pero siempre está a nuestro lado. Para hacer frente a estas pro-

fundas pérdidas y despedidas, los símbolos, las imágenes, las narraciones, la poesía y las creencias nos ayudan a explicar lo inexplicable, a enfrentarnos a lo que nos supera. Una foto, una vela, una estrella, una oración.

En segundo lugar, hemos descubierto muchas formas de vulnerabilidad humana, entre ellas la **vulnerabilidad de la relación** (con los demás, con nosotros mismos, con la naturaleza, etc.), la prohibición del encuentro humano. Vivimos y sobrevivimos a un virus tan antisocial que incluso no tolera que el enfermo (o moribundo) pueda estar rodeado de sus seres queridos.

La relación a distancia como solución en la emergencia fue y es útil, han aparecido nuevas conexiones y otras formas de concebir los encuentros en plataformas y redes sociales. La pandemia ha puesto **la tecnología en el centro de todas las actividades diarias y también de la acción educativo-pastoral**.

No es que estemos desconectados, sino que *estamos conectados de una manera diferente*. Pero este aspecto ha repercutido en nuestra vida pastoral, la presencia “en medio de”, tan propia de nuestra pedagogía salesiana. De hecho, **esta digitalización de las relaciones**, privada de la dimensión relacional física, forzada a muchas limitaciones en el espacio-tiempo de la pantalla, sofoca en parte las relaciones interpersonales salesianas, no siempre garantizada en la virtualidad.

Sin dejar de reconocer su validez en las emergencias y su función integradora en las actividades ordinarias, es necesario reiterar que todos, en particular los *niños, los adolescentes y los jóvenes necesitan, ante todo, relaciones personales y de convivencia*: ese tipo de vínculos y relaciones, prácticas tan omnipresentes en nuestro Sistema Preventivo.

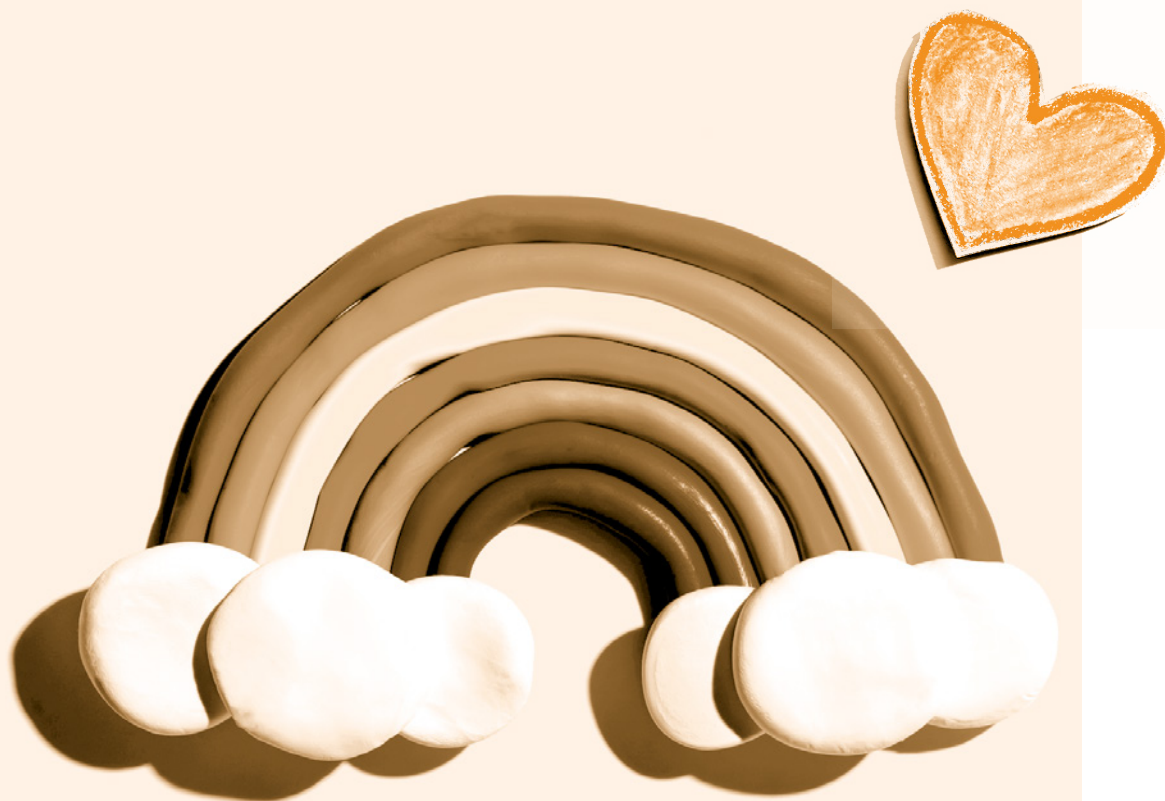
## 1.2 La crisis del actual modelo de civilización

La pandemia es una lente para leer nuestro tiempo, pero al mismo tiempo un telescopio para mirar más allá. No debemos olvidar que el tiempo previo a la pandemia tenía sus luces, pero también estaba habitado por muchas sombras. En la década que siguió a 2008, el modelo triunfante de la globalización había empezado a mostrar profundas grietas: **una sociedad agotada, hiperconectada, con altos niveles de consumismo e individualismo**. Por fin hemos comprendido la crisis del actual modelo de civilización.

Nos hemos mantenido con los pies firmes en la cima de un iceberg creyendo que dominábamos el océano y sus horizontes, pero sin darnos cuenta de que el iceberg se movía lentamente, giraba, se balanceaba y en cualquier momento podía volcar, sacando a la luz una parte sumergida. Tal vez esta metáfora pueda ejemplificar lo que ocurrió (y sigue ocurriendo) con el coronavirus. En realidad, nuestra relación con el mundo no era la mejor: aún hoy, **el mundo nos parece indescribible**.

Como educadores-pastores debemos entender mejor nuestra **humanidad empañada por el dolor**, estar atentos, permanecer despiertos. Esta desgracia ha trastocado nuestros estilos de vida disfuncionales, mostrándonos que no necesitamos consumir tanto, que no podemos seguir practicando un turismo explotador de la naturaleza o asfixiar el planeta con nuestro uso compulsivo de los recursos.

*Laudato Si'* enseña la ecología integral: *todo está interconectado* (LS 16). La Vida que el Señor nos ha traído en abundancia (cf. Jn 10,10), debe ser protegida y amada, cuidada



da y bien vivida. Por ello, *la ecología y la justicia social* están intrínsecamente ligadas (LS, 137). Con la ecología integral surge un nuevo paradigma de justicia, ya que “un verdadero enfoque ecológico se convierte siempre en un enfoque social, que debe integrar la justicia en las discusiones sobre el medio ambiente, para escuchar tanto el grito de la tierra como el de los pobres” (LS 49), los más desfavorecidos de la tierra, que son la opción preferida de Dios.

### 1.3. *Adolescentes desconectados de los adultos*

En los primeros meses de la pandemia hemos librado una ***de las batallas más épicas de todos los tiempos: estar “encerrados” con unas cuantas personas, casi una convivencia forzada.*** Las investigaciones llevadas a cabo en ese periodo muestran que, por una parte, muchas familias han redescubierto el valor de las relaciones estables y cotidianas, devolviendo a menudo la intensidad a unas relaciones que cada vez estaban más debilitadas por los apremiantes

ritmos de la vida diaria; pero al mismo tiempo, para otras el hogar ha sido un lugar de conflicto, incompreensión o incluso violencia. Una especie de “gran experimento socio-antropológico” sin precedentes.

En este sentido, hemos descubierto cómo **muchos niños, preadolescentes y adolescentes ya estaban desconectados de los adultos**. Los adolescentes se sentían muy solos, tanto en casa como en las instituciones. La familia, núcleo de relaciones y lazos estables en el tiempo, no siempre es capaz de preservar y hacer crecer las relaciones, de acompañar los procesos de individuación de los adolescentes. Muchos padres no eran plenamente conscientes de sus “habilidades parentales” para guiar a sus hijos: el cuerpo y la sexualidad, la autoridad, el mundo virtual y el real, la comunicación... cuestiones conflictivas que tocan directamente el mundo de los adolescentes. ¡Los padres tienen que gestionar una relación no fácil!

Una nueva forma de rezar y partir el pan de la Palabra

El confinamiento y la ralentización de la actividad han llevado a muchos a un deseo de interioridad, a un uso sabio del tiempo, al redescubrimiento del valor curativo del silencio, a la nostalgia de celebrar con los demás, a una mayor búsqueda de lo esencial en la vida.

**La oración** (ya sea tradicional, bíblica o espontánea) **ha sido y es el hilo conductor que une a la gente**, la medicina que consuela a los sanos y a los enfermos. Kierkegaard señaló el verdadero milagro de la oración: “La oración no cambia a Dios, sino que cambia al que reza”.

Hemos abierto el espacio doméstico como posible lugar de encuentro con Dios en la vida,

antes que en el templo. Es decir, **una experiencia de fe más personal, más doméstica**. Los lugares de encuentro para celebrar la fe se quedaron vacíos. Hemos sido peregrinos incluso dentro de las paredes de nuestras propias casas, porque no es el viaje lo que nos hace peregrinos, sino esta actitud interior, a través de la lectura, la escritura, la escucha, la oración, la reflexión, la contemplación, etc. En nuestras delegaciones de pastoral hemos promovido celebraciones, retiros, ejercicios espirituales, podcasts o meditaciones en audio, APPs, etc.

Los creyentes hemos sostenido una mayor adhesión confiada a la persona de Jesús, que en medio de la tormenta viene a liberarnos del miedo y del pesimismo. Nos ha impulsado a vivir **unánimes en la oración**, a dirigirnos juntos al Padre para pedir, para suplicar. Creo que en toda la Iglesia, y también en nuestras casas salesianas, se **han intensificado los tiempos dedicados a la oración, y especialmente a la oración de intercesión**.

Aprendimos a ver más allá y descubrimos la riqueza de la comunión espiritual, de la oración personal con la Palabra, de la oración en familia, de los pequeños gestos y símbolos domésticos, y nos pusimos a disposición estudiando otras formas de encuentro y de oración con los jóvenes: **una nueva forma de orar y de partir el pan con la Palabra**.

## 2 ¿Cómo convertir la incertidumbre social en una oportunidad?

### 2.1 Tiempo para cuidar y cultivar nuestra humanidad

La pandemia de la Covid-19 es como el “valle oscuro” del Salmo 22: nadie lo domina, nadie sabe cuánto durará, nadie sabe cuándo ni a

quién le caerá. Pero este tiempo es también un tiempo de autorreflexión: la pandemia **nos ha hecho mirarnos al espejo con más calma**: reconocer lo que hacemos y lo que nos gustaría hacer; visualizar en profundidad el escenario de nuestra humanidad, identificar más claramente lo que nos compromete en la vida. Nos han obligado a mirar cosas que a menudo preferiríamos no mirar.

Con precisión quirúrgica, la epidemia ha tocado todas nuestras fragilidades, tanto las personales como comunitarias. En el espacio de unos días, la Covid-19 puso al descubierto la radiografía de la dinámica comunitaria en nuestras casas, un proceso continuo de desvelamiento de cada uno. **La vulnerabilidad de nuestras personas se ha hecho evidente: una fragilidad que no es sólo cuestión de edad**. Por una parte, surgieron miedos, egoísmos y desánimos desproporcionados; el deseo de ser el centro de atención o de impresionar a los demás; la necesidad de apoyo-seguridad y la evitación de las dificultades; por otra parte, hemos apreciado la capacidad de tantas personas para arriesgar y reaccionar con una actitud proactiva, con enorme sensibilidad y atención hacia los que sufren.

En este sentido, nos hemos encontrado con jóvenes, familias, educadores, ancianos ... desde el punto de vista de **nuestra "condición humana"** (no desde nuestro papel o posición). Todos hemos sentido juntos los daños ligados a las dificultades psicológicas causadas por esta situación. Hemos experimentado en primera persona una mezcla de dudas, sospechas e incertidumbres sobre las decisiones a tomar. Fue y es un tiempo para "cultivar nuestra humanidad": un tiempo fructífero para aprender.

La crisis pandémica ha provocado cierta agitación interior, una constelación de sentimientos y emociones. Pero, al mismo tiempo, nos ha obligado a mirar la vida desde otro punto de vista: el de la fragilidad, la empatía, la limi-

tación, lo imprevisible. **¡Dios y su nueva forma de hablarnos!** La fe es seguir aun cuando la noche está oscura pero sabemos que el Dios de la Vida, de la Resurrección no nos abandona. La resurrección es el "milagro" de vivir todo en el nombre de Jesús. Y en este todo están nuestros encuentros, nuestro apostolado, nuestra escucha, nuestra oración. Hemos guardado todos estos "milagros pasculares" en el cenáculo de nuestros corazones.

## 2.2 Aprender a disfrutar de menos cosas, con una vida sencilla

Un tiempo como el que vivimos ha incidido de forma indeleble en una necesidad pastoral urgente: motivar a los jóvenes y a los adultos a vivir **en la lógica del don y la gratuidad**. Es un estilo de relación que se expresa en saber recibir y dar. Pastoralmente es necesario construir una cultura que exija y, al mismo tiempo, se vea urgida por la necesidad de revisar y renovar nuestros "estilos de vida": la sencillez, la cotidianidad, la cercanía, la solidaridad, la compasión, la ternura, la cultura del diálogo y del compartir. Tenemos que aprender la inutilidad de muchas cosas que consumimos. Quizá debamos cambiar nuestros patrones de vida y aprender a disfrutar con una vida más sencilla.

De hecho, cuando la lógica de la eficiencia, del intercambio, de la competencia, entra en nuestra vida, la rompe. Sin embargo, **una acción o un gesto gratuito sin esperar a ser correspondido** es una inversión humana y cristiana. Cuando una persona está educada en la gratuidad, sabe reconocer el valor de lo que recibe y/o da, alcanza la armonía y la serenidad con más facilidad que alguien que no sabe apreciar el regalo de la vida. La educación en la fe no "da la fe", sino que educa los presupuestos antropológicos y construye las condiciones para el encuentro y el proceso. La gratuidad es, por tanto, uno de estos presupuestos.

Por último, quisiera destacar la solidaridad que se ha traducido y se traduce en un servicio silencioso, en gestos cotidianos concretos; disponibilidad manifestada también en llamadas de consuelo, mensajes de apoyo y la certeza comprobada de que muchos de los que se han dirigido a nosotros durante este tiempo han encontrado las puertas de nuestra vida abiertas. Es curioso: ***cerrar nuestras casas nos ha permitido abrir nuestras vidas.***

### 2.3 Aprender de la experiencia

Es posible y necesario poner en valor la experiencia acumulada. Tal vez ésta haya desencadenado ***un proceso de cambio interior*** en

nosotros, haya despertado la capacidad de cuestionarnos, de tolerar la duda, la incertidumbre y la frustración, de contemplar lo imprevisible y, por tanto, de poder afrontar lo nuevo y lo “desconocido”. La experiencia personal se ha convertido en objeto de reflexión para comprender mejor el significado de las propias acciones y los propios “modos de funcionamiento”, para encontrar conexiones y divergencias, para cuestionar y problematizar lo adquirido anteriormente.

El trabajo ***educativo-pastoral*** también ha ***sido tocado, despojado de su visibilidad, purificado en su esencialidad.*** Muchos agentes de pastoral han activado la creatividad para manejar los límites, el amor para superar los obstáculos, la esperanza para superar las dificultades, la fe para creer en el futuro. La dolorosa experiencia de la pandemia nos



ha preparado para nuevos equilibrios, para cambios irreversibles, para la planificación de cosas nuevas. En el campo de la evangelización siempre estamos caminando sobre brasas calientes, y los retos a los que nos enfrentamos están vivos, no muertos ni enterrados.

Por ello, necesitamos darnos espacios que permitan, por ejemplo: un cuidado renovado de las acciones litúrgicas; el redescubrimiento del sano ritmo del año litúrgico; el aprecio de la Palabra de Dios leída, meditada y rezada; los grupos de fe (los grupos de Confirmación ha sufrido mucho); la pasión creativa de muchos catequistas y educadores; la atención a los que se han alejado; el esfuerzo por encontrar lenguajes adecuados para moverse con sabiduría en el nuevo mundo digital de los jóvenes; la capacidad profética para captar las desigualdades y las nuevas fragilidades que genera la situación actual.

Este periodo puede ser una oportunidad para la *afirmación de una nueva sabiduría pastoral*: un pensamiento pastoral creativo, obediente al Evangelio y fiel al modelo educativo y pastoral salesiano. Tomar conciencia de la relación entre lo que hacíamos pastoralmente antes y el impacto del coronavirus nos ayuda a entender mejor no solo los cambios forzados que se están produciendo, sino también las premisas para otros posibles cambios más. Lo importante en esta etapa son los **hechos concretos, las decisiones oportunas y las iniciativas valientes**. La mejor pastoral no es la de ayer, ni la de mañana, sino la que podemos imaginar y construir juntos hoy.

#### 2.4 Saber ralentar...

**Nuestra civilización (dinámica, productiva, competitiva) no sabe hacer paradas. Se vive además constantemente en un contexto de comunicación redundante y caótico. Sin embargo, hemos aprendido que es posible vivir sin las prisas a las que está-**

**bamos acostumbrados y que nos parecían indispensables; hemos experimentado que no es necesario tener una agenda apretada para ser una persona plena. Corremos ahora el riesgo de pasar de la ansiedad de 'una agenda repentinamente vacía' a la ansiedad de 'una agenda obligatoriamente sobrecargada'. Y esta cuestión tiene que ver con los procesos educativo-pastorales: urge ralentar, ir más despacio, ser más contemplativos, apreciar los ritmos.**

Hay una sutil sensación de omnipotencia (proveniente del uso de la tecnología) donde la velocidad es el sello de la vida actual. Pero sabemos bien, la velocidad, aunque por un lado es fascinante, también es aterradora. **La espera, la pausa, la incertidumbre—como ejes de comprensión de la pandemia— nos han ayudado a potenciar una “pastoral de la lentitud”**. Creo que con la pandemia hemos valorado y debemos seguir valorando *la lógica del proceso*, entender que hay un recorrido que une un punto con otro. La lentitud es un “arte humano”, una nota característica de la vida misma y de la educación: respetar el tiempo del otro es fundamental, así se construye una relación.

La lentitud busca huir de lo rígido; trasciende lo meramente funcional y utilitario; es la pedagogía de la pequeñas metas. Una pastoral de la lentitud debe entenderse como una fe vivida, que humaniza y sabe acompañar los tiempos de las personas, una pastoral que conoce sus límites, que se deja cuestionar más por los fracasos que por las respuestas definitivas o por el simple “siempre lo hemos hecho así”. Se trata de pasar de la pastoral del “embudo” (que repite incansablemente las mismas fórmulas, dejando cada vez

a más personas fuera) a la de la encrucijada (animada por el deseo de encontrar a las personas allí donde están). La vida de la fe está en el camino, en salida, en peregrinación, a veces, descalza, otras, herida.

### 3 Retos: revisar, repensar, innovar, educar

#### 3.1 Cultura del encuentro y atención pastoral

Sufrimos por los que amamos. Los que aman más, sufren más. Y así deberíamos sentirnos también con nuestros jóvenes. Si hay una palabra que resume la prioridad pastoral que estamos experimentando, es el “cuidado”. Cuidar significa, de hecho, ser capaz de prestar atención, de preocuparse, de estar vigilante, de tener buenas manos, de acortar la distancia: “Ubi amor ibi oculos”, es la significativa expresión del místico benedictino Ricardo de San Víctor, es decir, la reciprocidad entre lo que se ama y lo que se conoce.

El tiempo del cuidado, durante y después de la pandemia, exige la responsabilidad de todos de cuidar de su propia persona, de la familia, de la comunidad cristiana, de la sociedad y de la casa común (Laudato sí). Es hacer lo que Dios hace con su pueblo en el Antiguo Testamento (Ezequiel 34:11-16; Os 11:1-4) y el Buen Samaritano, Jesucristo, con todos.

Educativamente han surgido dos necesidades fundamentales a las que estar atentos: *escuchar las vivencias y dar nuestro tiempo a las personas*. Esto abre un capítulo de extraordinario interés para la pastoral porque los adolescentes/jóvenes son buscadores potenciales de Dios; quizás buscadores confusos, quizás implícitos, quizás conflictivos, pero buscadores. Tienen cada vez menos preguntas explícitas sobre la fe, pero tienen preguntas sobre la vida, sobre la humanidad, sobre el sentido,

con las que los educadores, sobre todo si son creyentes, deben saber entrar en diálogo.

El acompañamiento debe ayudar a los jóvenes a descifrar su interior, a enseñarles cuáles son los caminos hacia Dios. Quizá para los jóvenes de hoy la búsqueda de Dios se parezca menos a la *búsqueda de la verdad y más a entrar en una experiencia de amor*, a partir de un amor concreto hecho de gestos de solidaridad. Hay que volver a alfabetizar el mundo interior, habitar una espiritualidad personal: tenemos mucho que aprender en este sentido.

#### 3.2 En esta crisis no jugamos todos con las mismas cartas

La experiencia de la misericordia de este periodo se ha traducido en **un alto nivel de amor por las personas heridas**: los enfermos, los emigrantes, los “perdedores” de la crisis, los que atraviesan las tormentas de la vida. La dura crisis económica ha causado mucho sufrimiento especialmente a los asalariados, comerciantes, pequeños empresarios, es decir, a las clases medias bajas y aún más a los subempleados, desempleados, marginados de diversa índole, trabajadores eventuales, etc. Un colapso que afecta a las condiciones materiales de vida de las familias: rápidos procesos de empobrecimiento; padres que pierden la perspectiva de su futuro. Como dijo el poeta español Miguel de Unamuno, “sólo podemos conocer y sentir la humanidad en el único ser humano que tenemos a mano”.

El orden de nuestras prioridades se subvierte así en torno al núcleo de los más necesitados. Probablemente la sombra más pesada que se proyecta es la de la desigualdad: **el coronavirus ha puesto al descubierto desigualdades ocultas y creará otras nuevas**. El confinamiento ha demostrado la diferencia entre vivir en una casa grande o en una pequeña, tener casa con jardín o terraza o en una casa sin espacio exterior; habitar en más de cien metros cuadra-



dos, en cincuenta o menos; ser familia numerosa con abuelos y niños pequeños o un hogar con una sola persona; vivir con alguien que está enfermo y confinado en una habitación frente a familias donde todos están sanos; tener un trabajo frente a alguien que no lo tiene. Las *desigualdades en la educación, en los ingresos, en la vivienda o en la nutrición* afectan a las posibilidades de ser infectado y a las posibilidades de ser tratado.

*La recesión económica tendrá el mayor impacto en la vida de los menores de 40 años.* Esta generación está expuesta a incertidumbres que podrían afectar seriamente a sus planes de vida. En muchas de nuestras familias, la generación de más edad, más fuerte económica y financieramente, tiene que ayudar a los más jóvenes, que ahora se enfrentan a una verdadera montaña que escalar. Y es casi imposible hacerlo solo.

Debemos estar atentos a ciertas dinámicas que nos dirigen hacia una cierta indiferencia; una especie de **atrofia de nuestra sensibilidad**. Corremos el riesgo de volvernos incapaces de interceptar la impotencia, la fragilidad, el fracaso que nos rodea y, sobre todo, de dejarnos afectar. Este es un paso esencial: habitar ESTE mundo, construir la fraternidad AHORA. La categoría de la "atención" es un músculo vital de la mente que, si la utilizamos mal, se debilita, mientras que si la hacemos trabajar bien, se afina cada vez más.

Algunas cosas se aprenden mejor en la calma, otras en la tormenta. La pandemia ha sido un prolongado baño de humildad, pero también de mayor humanidad. Por ello, los jóve-

nes afectados por la pandemia tienen el poder de **despertar nuestros sentimientos, de provocar nuestra indignación, nuestra preocupación ante su pobreza**. Al igual que Don Bosco, sentimos que el dolor de las nuevas generaciones es deplorable, insoportable, inaceptable e injustificable, y por ello exige nuestra atención. No se trata de un “deber ser”, de un imperativo moral, sino de un “no puedo no sentir” (en lenguaje cristiano es misericordia; en lenguaje salesiano, caridad pastoral). En la estela del Papa Francisco, la opción por los pobres es un camino que compromete a todos, “es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica” (EG 198).

**La compasión no se limita a los sentimientos, desencadena la acción.** La compasión crea formas siempre nuevas de proximidad, encuentro y cuidado. Retirarnos, protegernos, convertirnos en meros espectadores de una situación en la que nos sentimos impotentes son expresiones de nuestras posibles tentaciones. No. Somos misioneros por esencia y todos podemos redoblar nuestros esfuerzos para prevenir y atender a los más necesitados.

### 3.3 **Recrear espacios educativos salesianos**

Algunos han dicho que el confinamiento ha llevado a término la sociedad de la conexión, donde la dimensión corpórea de las relaciones desaparece en favor de la digital. Sin embargo, se ha puesto de manifiesto lo insustituible de una característica de nuestro sistema educativo salesiano: **la presencialidad**. No se trata solo de la nostalgia de los abrazos (que se ha convertido en uno de los leitmotiv de la comunicación en las redes sociales), sino de la conciencia de que el contacto físico confiere profundidad a la familiaridad sin la cual la relación educativa no puede sostenerse. El título de un libro titulado “Abrazar con la mirada”, que han escrito unos médicos en un hospital, alternando voces, fotos y expe-

riencias, es precioso. También para nosotros, salesianos, la mirada amorosa (pero también la escucha y el contacto) es el canal privilegiado, la mejor medicina, queremos volver a saborear la belleza del encuentro, la conversación amistosa en el patio.

Un objetivo importante de los salesianos es **recrear espacios educativos, entornos ricos en propuestas en los que los jóvenes se impliquen activamente**. Tenemos que planificar y centrarnos en las prácticas, los métodos, las herramientas, las actividades, las oportunidades que en la casa salesiana eran y son ya operativas en el cuidado del desarrollo físico y el movimiento corporal: la música, el arte, el deporte, el teatro, el canto, los juegos, la danza, entre otras. Para nosotros, estos elementos constituyen un objetivo de formación específico, una estrategia educativa transversal. A este respecto, debemos recordar al menos el amplio espacio y la dignidad que Don Bosco concedió al tiempo de recreo en el patio.

### 3.4 **Con la razonable esperanza cristiana de que sea posible**

La esperanza no es en absoluto lo mismo que el optimismo. No se trata de un impulso emocional genérico que se puede resumir en la fórmula “todo irá bien”, sino de la certeza del creyente de que algo tiene sentido; no importa cómo acabe. La esperanza es una **virtud que contagia**. En primera línea, sin quererlo, los salesianos, los laicos y los jóvenes han practicado esta virtud de diversos modos: algunos, reconfortando, cuidando, acompañando en el ámbito pastoral o educativo; otros, en el acompañamiento de una comunidad y de una CEP, mientras atravesaban las condiciones de sufrimiento de muchas personas, incluidas las más vulnerables; otros, rezando por la humanidad que sufre. Esta es la **esperanza operativa salesiana**, que se expresa en sus obras y se sostiene y refuerza con ellas.

A este respecto, creo que el sacerdote y el levita de la parábola del buen samaritano (Lc 10,25-37) “se distrajeron” sólo un momento con el hombre despojado y golpeado, al que dejaron solo... pero luego siguieron su camino, concentrados en sus propios compromisos, o por otros motivos, y pasaron de largo. Tal vez su atención se centró en el hecho de que el pobre desgraciado ya estaba “medio muerto” y había pocas esperanzas de salvarlo. Es mejor emplear el tiempo en cosas más provechosas. La atención del samaritano se centró, en cambio, en la parte viva del desafortunado, en lo que ***aún se podía hacer***. La visión de esa escena le provocó tal trastorno emocional que se bloqueó, no pudo ir más allá. Su corazón no se lo permitía. La compasión le sacudió hasta lo más profundo de sus entrañas. Tuvo que suspender su viaje, detenerse y ofrecerle sus cuidados, su consuelo, y reabrir en él un futuro de esperanza.

En nosotros habita un mosaico de rostros, historias, emociones. ***La esperanza es el antidoto natural del miedo***. Para algunos, la esperanza significa no ceder a la desesperación, saber levantarse después de una caída; para otros, significa mirar las cosas con otros ojos, encontrar lecciones positivas en medio de la oposición, creer en la misteriosa presencia de Dios en los asuntos humanos. Para otros aún, la esperanza es curarse de una enfermedad, completar un proyecto, despedirse del mundo con tranquilidad.

Al igual que Jesús lloró al ver Jerusalén, los salesianos lloramos hoy con nuestros contemporáneos, dando ese abrazo necesario (a veces virtual), conscientes de que no debemos olvidar la palabra, ni tampoco el gesto. Miremos estos momentos de pandemia con



los ojos de Jesús, el autor de la esperanza, porque, como dice Jorge Mario Bergoglio, “la esperanza no defrauda”.

MIGUEL ÁNGEL GARCÍA MORCUENDE, SDB